

Miércoles V de Cuaresma



20 de marzo de 2024
Dn 3, 14-20.49-50.91-92.95
Dn 3
Jn 8,31-42
P. Eduardo Suanzes, msps

Jesús se dirige a los que han creído en él, a los, en principio suyos, y estos, por lo que ahora dice Jesús han de saber que conocerán la libertad por la experiencia del amor del Padre, que, al descubrirle la realidad de Dios, relativiza todo lo demás y lo hace aparecer secundario¹. Jesús no necesita admiradores, sino seguidores, cumplidores de su palabra: no le bastan las adhesiones intelectuales, o «de boquilla», o de registro en un papel; lo que busca son experimentadores del Padre. No se da la adhesión a Jesús de forma abstracta, sino concreta y actualizada en nuestra propia historia.

Tal es el sentido de la frase: «*la verdad los hará libres*». Desgraciadamente esta frase la han hecho suya todos los fanatismos y muchos la interpretan como una verdad conceptual e ideológica. Nada de eso: Jesús está hablando de una verdad existencial que sólo puede conocerse practicando su mensaje: «*Para ser de verdad mis discípulos tienen que atenerse a ese mensaje mío; conocerán la verdad y la verdad los hará libres*». Es el mensaje del amor activo y universal.

Jesús insiste en que poner en práctica su mensaje lleva al conocimiento de la verdad: quien decide dedicar su vida al bien del hombre recibe el Espíritu, el don del Padre. **Por su acción**, el hombre percibe a Dios como Padre y a sí mismo como hijo, experiencia que descubre la verdad sobre Dios, el dador de vida, y sobre el hombre, destinatario de esa vida divina. Esta es la verdad que hace libres: da la libertad del hijo, en contraste con la sumisión del esclavo²

Siendo así libre, el seguidor de Jesús experimenta que el amor del Padre, que ve encarnado en Jesús, ocupa el primer plano, lo único importante para ser vivido y comunicado. Así las cosas, no aceptará las trabas que le impidan entregarse: así se experimenta libre. Porque la libertad que posee y comunica Jesús sobrepasa la mera posibilidad de opción. Sitúa al seguidor en su verdadero rango: participe de la libertad del Padre; es como él señor de su mundo y de su vida.

Sin embargo, el proceso de crecimiento en la libertad encuentra no pocos obstáculos en la persona misma: tales como las dependencias y tutelas interiorizadas y los miedos más o menos paralizantes que tienen sus raíces en el pasado personal, en nuestras heridas, y que

¹ Cfr, JUAN MATEOS- FERNANDO CAMACHO. *El Hijo del hombre. Hacia la plenitud humana*. Ed. El Almendro. Córdoba, 1995

² Cfr. JUAN MATEOS – JUAN BARRETO. *El evangelio de Juan*. Ed. Cristiandad. Madrid, 1982 pp.418ss

se disfrazan a menudo de piedad o fidelidad. Son los residuos en cada uno del «pecado del mundo», es decir, de la sumisión a ideologías mutiladoras que imponen la renuncia a la propia autonomía e inteligencia, a ejercer el espíritu crítico y a asumir las propias responsabilidades, impidiendo con ello la maduración personal según el proyecto de Dios.

Lo que produce, pues, **la experiencia de la verdad** encarnada en Cristo Jesús, es la liberación de nuestros miedos y nos da las herramientas para trabajar enconadamente sobre ellos; nuestras heridas ya no nos paralizan y podemos comenzar a desarrollar nuestra potencialidad. Si hay una claridad luminosa de la experiencia de la libertad es que precisamente en la entrega de la misma uno se desarrolla en plenitud, descubriéndola más potenciada en el interior. El desarrollo interior se hace evidente pues lo que antes paralizaba y nos hacía raquíticos ahora (aun estando presente) no se convierte en obstáculo para navegar a toda máquina aun en medio de las tempestades. Uno se siente protagonista de su propia existencia, dejando la interpretación del papel secundario o el del extra. Ahora la persona es el actor principal.

Este desarrollo humano se identifica con el proceso de personalización frente a la falta de personalidad y de criterio, frente a la masificación y al gregarismo. Y ese proceso, que va en la línea de la plenitud, va teniendo pasos experimentables, que producen una profunda alegría. Insisto: **alegría profunda**, a pesar de los pesares y de las tormentas y oscuridades del camino. Esa es la alegría que ya nadie puede arrebatarse.

Ahora, el mensaje de Jesús no es ya algo externo, sino que se asimila hasta hacerlo propio, no teniendo la vida significado, ni luz, fuera de él. Se trata de vivir el evangelio porque no porque «hay que hacerlo», sino porque **se necesita** hacerlo, porque nos impulsa la responsabilidad. Y es que lo que se hace por voluntad ajena no desarrolla al hombre, puesto que lo priva de decisión y responsabilidad. Ahora, frases como «¿es obligación ir hoy a misa?» le parecen tan absurdas que no entiende cómo podía regirse por este tipo de conductas en el pasado.

Al seguidor de Jesús no se le piden obligaciones, se le piden actitudes. Tiene que despojarse de una vez del sentido de un deber impuesto desde fuera; lo suyo no es actuar como niño, sino como persona hecha.

Jesús nos dice que quien no tiene la experiencia del amor de Dios y se vive desde ahí, a través de su amor a los demás, no puede concebirlo como Padre: lo concebirá como Soberano, y él mismo queda reducido a la condición de esclavo. En lugar de la relación inmediata y familiar propia del hijo, existirá una relación distante y mediata a través de instituciones y personas que encarnan la soberanía de Dios y expresan su dominio sobre el hombre. ¡Cuánto de esto hay en nuestros conventos y en nuestras iglesias!